

**BARBARA
JACOBS**

LAS BAILARINAS SE ALEJAN

Ahí, en el número doce de la Calle de Cuyutlán hay una casa que se distingue de entre todas las de su cuadra por estar cubierta de hiedra tupida y brillante. En el extremo derecho del segundo piso se ve una ventana apenas iluminada; dentro, se escuchan los acordes de un piano y un violín que reproducen, desde un viejo disco, melodías románticas de otro tiempo. Es la última noche del año y tras unas cortinas de gasa la señora Blanco baila.

La habitación aloja con dificultad uno que otro mueble, y es en el reducido espacio que éstos dejan en donde ella da graciosos pasos. Aunque a los setenta años el organismo exige precaución en sus celebraciones, la señora Blanco se permite licencias que la divierten. Hace rato brindó ante el espejo y se deseó un buen, buen año, pues, como dijo su sirvienta alguna vez: "Se lo merece". Hace rato, asimismo, hizo una llamada telefónica y, escupiendo discretamente las semillitas y la cáscara, se comió, una por una, las doce uvas tradicionales.

Leve, descansa la mejilla sobre el pecho de una pareja imaginaria. El retrato de su primer esposo está guardado junto con el del segundo, en algún cajón del armario. El hombre imaginario con quien va y viene se parece a ambos, dos fiestas que en el recuerdo se han vuelto una; dos fiestas que en el recuerdo han descartado los malos momentos y conservado sólo la risa, la abundancia, el oír y oír aquí estoy, contigo y soy feliz. La señora Blanco con la copa en alto brinda por ellos, estuvieren donde estuvieren. "¡Salud!", les dice, y se tropieza, pero hace a un lado el dolor, con el ademán de quien se quita, sin pensarlo dos veces, un gusanito del hombro y sigue adelante.

Piensa en los vestidos que hizo durante largas temporadas a las señoras más elegantes de la ciudad, y desea que aún los conserven. Recuerda con gusto sus cuchicheantes y atropelladas pláticas, y cómo cada una presumía de ser la clienta favorita, cosa que en los sentimientos de la señora Blanco todas fueron. Cuando se iban de prisa por la acera con su traje de gala muy envuelto bajo el brazo, ellas murmuraban que su modista era la mejor: no sólo una gran artesana, sino además siempre con algo



bueno que decir, que si no hay mal que por bien no venga, que si hay que ponerse en las manos de Dios. Querida señora Blanco, parecían decir sus clientas, querida señora Blanco.

Brinda también por ellas, estuvieren donde estuvieren. El coñac la favorece; ríe medio mareada al sospechar que cuando salga el sol no va a pensar igual. "Ya me pasará", se advierte.

Años atrás, en fecha semejante, soñó una danza en la que cada bailarina muestra una manta brillante que dice: esperanza, alegría, desilusión; pero cuando ella intenta acercarse a preguntarles qué le quieren decir con eso, las graciosas bailarinas se alejan, porque la señora Blanco va en un tren, de paso, y no puede detenerse.